

Cultura

“Más corazón en las manos”: Camilo de Lelis

Yolanda Zamora

Cuando me encontré por primera vez con esta frase de Camilo de Lelis me conmovió profundamente. Cinco palabras que me comunicaron, con una claridad diáfana, profunda e incluso poética, el amor como generosidad y sentido de una vida.

Quienes trabajamos con el lenguaje (lo cual es ya de por sí un privilegio), sabemos que existen combinaciones de palabras que convocan a lo trascendente con toda sencillez, más allá de erudiciones y retóricas sofisticadas. Éste es el caso.

Durante días estuve reflexionando en ella, a partir de ese corazón, centro del hombre. Porque sabemos de sobra que el corazón significa, en la mayoría de las culturas occidentales, la sede de los sentimientos y la intuición, así como se acepta generalmente que el cerebro es el centro de la inteligencia y el conocimiento. De esta concepción dicotómica del ser humano emergen diversas concepciones de vida, ya sea ésta regida por la afectividad o por la intelectualidad.

Afortunadamente ahora sabemos también, y mucho se ha reflexionado al respecto, que no hay tal separación, y que el ser humano es una “inteligencia sentiente”. Como un ejemplo de estas reflexiones antropológicas podemos citar la obra del filósofo español Xavier Zubiri (1898- 1983), para quien el hombre es una realidad sustantiva psico-orgánica abierta a su propia realidad.

Ya en su momento Blas Pascal (1623-1662) advirtió que “los grandes pensamientos vienen del corazón”. Sin duda, esto es cierto.

Diversos credos toman el corazón como símbolo de lo divino: los hindúes consideran el corazón “hridaya” como la morada de Buda. En el Islam, el corazón del creyente es el “trono de Dios”. Angelo Silesius, poeta religioso germano (1624- 1677), decía: “El corazón es el templo, el altar de Dios”. El sufismo habla del “ojo del corazón”, en donde brilla la verdad; idea que el cristianismo en varios de sus textos retoma, especialmente en la obra de San Agustín.

En la tradición hebraica, el corazón juega un papel muy importante. Cuando había que atender a las escrituras, se utilizaba la expresión: “sim lev”, es decir “poner el corazón”. Sólo poniendo el corazón se alcanza el espíritu de sabiduría.

“El corazón no desmiente lo que ha visto, y no son sus ojos los que están ciegos, son sus corazones en sus pechos, los que están ciegos”: ésta es una cita del Corán. Cuando uno la lee, no puede menos de relacionarla con aquella frase de la obra narrativa “El Principito”, de Antoine de Saint Exupéry, cuando el zorro le entrega su secreto al niño: “Sólo con el corazón se puede ver bien, lo esencial es invisible a los ojos”. ¡Y qué verdad tan grande!

Conmueve darnos cuenta de que los seres humanos, finalmente, somos más parecidos de lo que creemos; es más lo que nos une, que los que nos separa. Y podríamos continuar encontrando “el corazón” en diversas culturas; pero en ello se nos iría el espacio para este artículo.

Vuelvo a la palabra. “Corazón” viene del sánscrito “kurd” que significa “saltar”. Es evidente que el corazón está saltando todo el tiempo (sístole, diástole), mientras tiene vida. Pero este saltar también puede variar de acuerdo con la intensidad de lo que vivimos. La

frase “me dio un vuelco el corazón”, no es gratuita. Pregúntele usted, si no me cree, a un enamorado lo que siente cuando ve a su amada: “algo salta dentro del pecho”; o a la madre que contempla a su chiquillo: “me salta el corazón con sólo verlo jugar”. Tal vez, en el éxtasis final del amor, nuestro corazón, morada del alma... ¡salte hacia Dios!

De la misma familia son palabras como “recordar”, que significa traer al corazón de nuevo aquello que hemos vivido. Son palabras que están presentes en nuestra habla cotidiana.

Haciendo un giro en esta reflexión, comparto con los lectores uno de mis libros más entrañables: “El corazón del hombre” del filósofo, psicólogo social y humanista judeo-alemán Erich Fromm (1900-1980).

Fromm analiza al ser humano y se pregunta si los hombres somos lobos o corderos, concluyendo que podemos ser uno y otro, de ahí la urgencia de una reflexión sobre nuestros actos. Es evidente que partiendo de la condición humana, los hombres tenemos un potencial enorme de violencia destructora, sí, pero también podemos participar de la creación amorosa, si así lo decidimos.

Sorprende como Fromm, visionario finalmente a partir de su momento histórico en la primera mitad y parte de la segunda mitad del siglo XX, anticipa lo que estamos haciendo con la humanidad en estos inicios del siglo XXI, lo que estamos haciendo con el planeta, lo que nos estamos haciendo unos a otros. Y lo plantea maravillosamente en el capítulo que titula “Amor a la muerte, amor a la vida”. En esta parte menciona las dos orientaciones básicas del ser humano: biofilia, o amor a la vida, y necrofilia, amor a la muerte.

Fromm describe puntualmente las características de uno y otro, y establece como principal diferencia la preocupación activa por lo que amamos, en el caso de la biofilia; y el desprecio por la vida, en la necrofilia. Va luego a describir, no sólo al individuo, sino a la sociedad, y nos habla del síndrome de decadencia de una sociedad que ama la muerte: destruye, se instala en un narcisismo maligno y entrega su libertad para depender de tantos sucedáneos como las drogas, el alcohol, el consumismo, el dinero, el poder, la fama...

Afortunadamente, Fromm plantea también, en respuesta a la decadencia social, lo que llama el “síndrome de crecimiento” de una sociedad, lo cual tiene que ver con respetar y amar la vida, hacer el bien generosamente nutriendo nuestro entorno, elegir con responsabilidad y compromiso y vivir la libertad plenamente sí, pero con conciencia social. El libro nos interpele, nos cuestiona, nos obliga a optar.

Finalmente, no podemos olvidar que no existe para el hombre una “naturaleza dada” de una vez por todas. Cada uno de nosotros se va construyendo día a día, en una opción que nos caracteriza, y esa opción puede ser sin duda “más corazón en las manos”.

Llevar el corazón en las manos es superar la fantasía de la bondad como idealismo, como idea perfecta platónica. Claro que es más fácil pensar y trabajar por “la bondad y la generosidad” así, en abstracto, que ponerle un rostro, un aquí, un ahora... respondiendo a una realidad que me demanda. Pero más corazón en las manos nos invita a la acción, a concretar nuestro pensamiento en hechos. A participar del cambio, activamente, dejando salir por las manos ese corazón que salta con alegría hacia el Bien.

Ponerle “manos al corazón”, es manifestar el amor. Y he querido dejar esta idea para el final, porque no podemos olvidar que la palabra “manifestar” viene de la misma familia de la palabra “manos”. Más corazón en las manos, es manifestar el gran Amor que nos llama a elegir la vida sobre la muerte; optar por el hombre sobre las cosas materiales; elegir el bien, sobre el mal, el nosotros, sobre el yo... y a obrar en consecuencia con inteligencia.